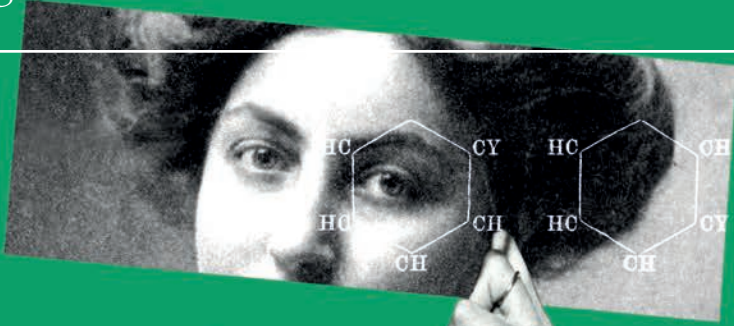


Eva Weissweiler

DORA

Y WALTER BENJAMIN

Biografía de un matrimonio



TUSQUETS
EDITORES



EVA WEISSWEILER
DORA Y WALTER BENJAMIN
Biografía de un matrimonio

Traducción del alemán de Lorena Silos Ribas

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Das Echo deiner Frage. Dora und Walter Benjamin. Biographie einer Beziehung*

1.ª edición: noviembre de 2021

© 2020 by Hoffmann und Campe Verlag, Hamburgo
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción: Lorena Silos Ribas, 2021
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-041-6
Depósito legal: B. 15.981-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo. «No guardo ningún recuerdo oscuro»	11
1. Dora Kellner: Infancia en Viena en torno a 1900	19
2. La vida de los estudiantes (1909-1914)	63
3. Verano sin sol (1914-1918)	93
4. Un calor aceptable (1917-1920).	129
5. Una única lucha por sobrevivir (1920-1923).	179
6. En el club de los rompematrimonios (1923-1927) . . .	219
7. Gas contra gas (1927-1930)	257
8. El eco de tu pregunta (1930-1939)	295
Epílogo. « <i>Your loving mother Dora</i> » (1939-1964).	325
Agradecimientos	331
Apéndices	
Bibliografía.	335
Notas	345
Índice onomástico	379
Créditos de las ilustraciones	387

Dora Kellner:
Infancia en Viena en torno a 1900

La abuela Klara

El 6 de enero de 1890 la temperatura era glacial en Viena. Hacía días que las tormentas de nieve no abandonaban la ciudad. Las calles apenas eran transitables, las escuelas habían cerrado y en los hospitales se amontonaban pacientes aquejados de neumonía o de gripe. «Sin contar con los barrios de la periferia» morían en Viena entre cuarenta y cincuenta personas, sobre todo mujeres, ancianos y niños. Durante algún tiempo se llegaron a contar más de cien, precisamente en los días de Navidad, como contaba el diario *Neue Freie Presse*.¹ No se veía el final de la epidemia de gripe, ni en Viena ni en otras metrópolis europeas.

A pesar de todo, Klara Weiß, nacida Schwarzberg y con domicilio en Bielitz en la Silesia austriaca, se había puesto ya en camino para acompañar a su hija Anna en su segundo parto. Klara tenía cincuenta años y era alta y delgada, aunque había dado a luz a doce hijos: Leopold, Moritz, Anna, Hermine, Sidonie, Jenny, Rosa, Henriette, Leo, Laura, Cilly y Hugo. Había ayudado a todas sus hijas a dar a luz y quería volver a hacerlo esta vez, a pesar de la gripe y de la nieve. La matrona «de verdad», Klara Dreikurs,² que había cruzado con gran esfuerzo las calles nevadas, casi había acudido en vano.

Klara Weiß recorrió el apartamento al que Klara y su marido Leon Kellner se habían mudado hacía poco. No le gustó nada. Muchas habitaciones, pero muy poco conforta-

bles. Estaba en la Hetzgasse, 8, en el distrito 3. Ya el nombre [«callejón del Acoso»] sonaba espantoso. Un edificio con pisos de alquiler que sobresalía en la calle como un colmillo enorme. Todo gris. No había color sobre las paredes llenas de humedad. Y una y otra vez pasaba a toda velocidad el tranvía de caballos, el *Glöckerlbahn*, «tren de campanillas». Además, se oían todos los ruidos de los apartamentos vecinos. Los retretes, fuera del apartamento, entre una y otra planta, estaban siempre atascados y muy sucios. No había siquiera un jardín, solo un triste patio sin nada de hierba que se utilizaba para colgar la ropa.

Durante mucho tiempo Klara Weiß había mostrado su oposición a que su Annele se casara con este erudito, sin oficio ni beneficio, este Leon Kellner, nacido en Tarnów, Galitzia, que, aunque se había doctorado en Filología Inglesa, debía ganarse el pan dando clases a niños en una escuela y conseguir ingresos adicionales con clases de apoyo de religión judía. «Un muerto de hambre, Dios mío, ¡un maestro de escuela!»³ Pero no logró hacer cambiar de opinión a Annele: «Lo amo y él me corresponde y, cuando termine, ¡nos casaremos!».⁴

Antes los matrimonios los concertaba el padre, el rabino o los casamenteros, como, por ejemplo, el suyo con Salomon Weiß, comerciante de lana, cuando tenía dieciséis años. Ella era mucho más joven que él y no lo había visto jamás, ya que él vivía en Bielitz, Silesia, y ella en Berdyczew,⁵ entonces Rusia, a varios días de viaje. Pero su padre, un rico comerciante llamado Moses Meier Schwarzberg, opinaba que debía casarse ya, pues él había enviudado por segunda vez y le parecía poco adecuado compartir techo con una bella joven de dieciséis años. Después de la boda nunca volvería a verlo. Murió poco después del nacimiento de su primer hijo.⁶

Sus primeros años junto a Salomon Weiß no fueron fáciles. Echaba de menos su hogar y no tenía ni idea de lo que significaban ni el amor ni el matrimonio. No sabía cómo llevar una casa, porque era la hija predilecta de su padre y

había crecido como una princesa, que se vestía siempre con trajes de seda y nunca había preparado ni un té ni un café. Al principio, solo podía bordar, hablar cuatro palabras de francés y hacer un *apfelstrudel*, eso sí, tan delicioso que a sus hijos y a sus nietos nunca les parecía suficiente.

Sí, en alguna ocasión había hecho algún amago de abandonarlo y había llegado a la estación de Bielitz o a las orillas del río Bialka, que, aunque lo llamaban «el blanco», en realidad estaba sucio y sus aguas eran turbias, porque discurría entre industrias textiles y de maquinaria que vertían en él sus residuos. Además, ¿adónde podía ir? ¿Volver con su familia? ¿Huir a Viena? Imposible. Así que lloraba durante un par de horas y volvía con Salomon Weiß, que, a pesar de que no se reía mucho, sí era creyente, trabajador y responsable, se cuidaba de no malgastar dinero y sabía mucho de lana, que compraba personalmente en Hungría, si bien su negocio no daba grandes ganancias, porque la industria textil prefería el algodón barato que llegaba de la India o de América.

A los diecisiete años Klara tuvo su primer hijo, al que seguirían otros once. Se pasó veinte años embarazada o con un niño en el pecho. Es verdad que nunca llegó a hablar sin acento la lengua del país, pero eran muy pocos los que lo conseguían, porque en las calles de Bielitz se hablaba una mezcla de alemán, polaco, checo, esloveno y yiddish. Pero con el tiempo se convirtió en una perfecta ama de casa y mujer de negocios, que llevaba la batuta con su marido, sus hijos y el servicio. En su opinión, la mujer solo tenía una tarea: ser esposa y madre. No creía en el amor romántico, sino que consideraba que el matrimonio debía basarse en el respeto mutuo y en nada más, como le escribió una vez a su hija Anna:

En este mundo debemos ser un poco sobrios y renunciar a algunas cosas desde el principio. A mi parecer, el vestido que me pongo todos los días encarna lo que necesito en esta vida y los ideales son las joyas con las que adorno mi vestido. Me

resulta más sencillo renunciar a la joya que al vestido, es decir, a poder alcanzar mis ideales, aunque sea verdad que embellecen la vida y nos dan mucha alegría.⁷

Leon y Anna

En la casa de Anna, su hija, era todo diferente. Ella era joven y moderna, había ido a una escuela superior para señoritas, tocaba muy bien el piano y había sido una de las primeras mujeres en el pequeño Bielitz, una ciudad de quince mil almas, capaz de hablar inglés, francés, italiano e incluso hebreo, una lengua que había aprendido con un tal señor Löwy, un hombre inteligente, «aunque, un tanto testarudo».⁸ Su padre, Salomon Weiß, que descendía de una conocida familia de rabinos, siempre llevaba la kipá en la cabeza y se pasaba el día en la «escuela» [sinagoga], y le parecía importante que también las hijas pudieran leer «la lengua sagrada de la Biblia», para poder llegar a ser algún día rabinas, ya fuese en Ámsterdam o ien Breslavia!⁹

Cuando Anna conoció a quien sería su futuro marido, Leon (en realidad, Chaim Leib) Kellner, no tenía ni dieciséis años. Él era un sencillo estudiante, que se cruzó por casualidad en su camino, porque quería finalizar sus estudios de bachillerato en Bielitz, donde tenía familia. Había nacido en Tarnów, Galitzia, hijo único de un estricto comerciante de cereales, y también estaba destinado a ser rabino. Ya con tres años había ido al jéder, la escuela elemental judía, donde había aprendido a leer y a escribir con un *Belfer*, un profesor ayudante. Acompañado de palizas y otras crueldades, cuyo sentido jamás llegó a comprender, todas las mañanas salía de casa a las cuatro y recorría el bosque, con hielo y con nieve, también los domingos, y se encontraba con algún vecino de camino a la Iglesia o a la taberna, que le tiraba de sus peyets, los tradicionales tirabuzones, y de su sombrero de piel, hasta que este le tapaba los ojos.¹⁰ A pesar de todo, nunca había

dejado de ser un niño creyente, que disfrutaba del Sabbath y de la Pascua y que para quien el *Meschiah* era lo «más importante de su vida». Estaba totalmente convencido de que este *Meschiah* tocaría algún día el shofar en la cima del Martinsberg. Uno solo tenía que creerlo y desearlo.¹¹

Cuando era niña Anna hablaba una mezcla de alemán, yiddish y dialecto silesio, «aquel alemán olvidado, tan emotivo, de la monarquía austrohúngara», el «esperanto» del estado plurinacional, como lo denominaría Dora más adelante.¹² Así, ella se convirtió en Annele y su madre, en *Mutterle* [madrecita, en dialecto silesio]. La lengua materna de Kellner, por el contrario, era el yiddish, que adornaba con algún giro en polaco que había aprendido en la calle. A nadie se le había ocurrido que aprendiera alemán, ¿para qué? El alemán era la lengua de los infieles, de los *goyim*. Pero un día escapó de este mundo, que le parecía demasiado pequeño y estrecho.

Ahorrabas las monedas que le daban para la comida, y se compró una gramática latina, con la que se preparaba en secreto para el examen del tercer curso. Un día un profesor cristiano se lo encontró [...] durmiendo, escondido entre altos maizales, durante el Sabbath, con la gramática latina a su lado. [...] El profesor insistió en llevar a aquel niño asustado a sus padres, para convencerlos de que asistiese a la escuela.¹³

Después de muchas discusiones con su padre, Rafael Kellner, se le permitió entrar en el seminario judeo-teológico de Breslavia, con la esperanza de que, en efecto, pudiera llegar a ser rabino. Lea, su madre, lo llevó al peluquero, que le cortó los peyets, y le cambió el caftán por un traje negro. Eso sí, antes le hizo ir, vestido como acostumbraba, a que le sacaran una fotografía que su hermana Paula conservó. «En la fotografía se ve a un joven delgado con tirabuzones muy rubios, con bigote incipiente, ojos soñadores y manos finas.»¹⁴

Pero Chaim Lieb, que ahora se hacía llamar ya Leon Kellner,¹⁵ porque sonaba más europeo y menos yiddish, no se

adaptaba a la vida de Breslavia. La ciudad le parecía demasiado prusiana y demasiado grande. El edificio que alojaba el seminario le recordaba a un cuartel. No le gustaban sus profesores. Siempre tenía conflictos, sufría «crisis nerviosas», y echaba de menos el pequeño y cercano Tarnów, pero también el mundo de la literatura, que conocía y apreciaba cada vez más: Lessing, Schiller, Moses Mendelsohn, Daniel Defoe. También tenía dudas sobre su vocación. ¿Quería verdaderamente vivir en el mundo del judaísmo o quizá preferiría ser literato, estudioso, quizá anglista, porque el inglés, que había aprendido de forma autodidacta, le resultaba sorprendentemente sencillo y se le daba muy bien?

Uno de sus profesores comprendió su dilema. Le recomendó que fuese a una escuela secundaria normal y que escogiese Bielitz, esa «pequeña ciudad, tan bien situada, en la frontera entre Galitzia y la provincia prusiana de Silesia».¹⁶ Una amiga le presentó a Annele, una bella joven, que lo encontró «increíblemente inteligente», que hablaba como un libro, era «muy alto, de cabellos muy rubios y piel sonrosada» y tenía «unas manos tan bonitas que llamaban la atención». Después de apenas quince minutos, ya se habían enamorado. La madre de Anna se mostraba muy escéptica. Sí, ella se había casado a esa edad, pero este chico todavía iba a la escuela y era demasiado joven. Así que los paseos románticos estaban absolutamente prohibidos, pero sí que permitía que el joven llevase a casa de Anna «los libros alemanes más maravillosos»: Auerbach, Freytag, Storm, Fontane, Jean Paul.¹⁷ A veces se sentaban todos juntos en el cuarto de estar y cantaban, sobre todo Mendelssohn y Meyerbeer. Porque el padre de Anna tenía una espléndida voz de tenor, de la que hacía gala en la sinagoga y para dirigir las oraciones. No le gustaba ir a los templos en los que se tocaba el órgano y cantaba un coro mixto, pero no tenía nada en contra de las canciones ni de las arias, acompañadas de música de piano, sobre todo si estaban relacionadas, aunque fuera solo un poco, con el judaísmo.

«Para él eso era el quid de la cuestión», decía su hija Anna.¹⁸

En el otoño de 1880 Kellner se fue a Viena, a la universidad, «sin dinero ni padrino»,¹⁹ y allí estudió inglés, francés, filología alemana, sánscrito, fonología, filología oriental y gramática comparativa de las lenguas indogermánicas. Era muy aplicado y metódico, se contentaba con el alojamiento más humilde y trabajaba como profesor particular de un fabricante de pipas para no tener que depender de sus padres, que tenían, además, cuatro hijas a las que mantener: Feige, Chane Mindel, Dwora y Fryderyka.²⁰ A los veinticuatro años ya se había doctorado con una tesis sobre «Las voces verbales en Shakespeare».²¹

Años más tarde, en 1884, obtuvieron por fin permiso para casarse. Fue una celebración modesta, en la escuela judía de Bielitz, en la que dos aulas grandes se engalanaron en blanco y en rojo —los colores de la monarquía—. Se colocó además un pequeño estrado y un altar, decorado con grandes plantas de color verde. Un profesor amigo de los contrayentes tocó el órgano, y las hermanas menores de Anna cantaron a varias voces canciones en yiddish.²²

Doce meses más tarde nació su primera hija, Paula, y, en enero de 1890, llegó al mundo un segundo bebé. Estaba sano y enseguida comenzó a llorar. Aunque la madre, que tenía veintiocho años, estaba un poco decepcionada, porque no había sido un niño y casi le daba vergüenza llamar a su marido para enseñárselo. Pero Leon Kellner la tranquilizó: «Un bebé es un bebé, no importa si es niño o niña. Porque ¿qué hubiese sido de mí si tú no hubieras sido también una niña?».²³

La llamaron Dora, por Dwora, la hermana pequeña de Kellner, que había fallecido en 1887 con solo dos años. En realidad, se llamaba Deborah, que en hebreo significa «abeja». Pero Deborah también era el nombre de una juez del Antiguo Testamento, que era capaz de predecir el futuro y profetizar cuándo iba a tener lugar una guerra. Cuando el pueblo de Israel

ganaba una batalla, cantaba una canción, la canción de Deborah, en la que decía:

Gloria al Señor, Israel se preparó para la batalla y su pueblo se lanzó dispuesto a luchar.

Escuchad, oh reyes, y no lo olvidéis, oh príncipes:

Quiero cantar al Señor, quiero cantarle, al Señor, al Dios de Israel quiero cantar.²⁴

Y a la niña le pusieron un segundo nombre: Sofía, «la virtuosa» o «la sabiduría divina». Su hermana Paula, que solo tenía un nombre, sentía un poco de envidia. «Sufrió mucho por los celos», escribiría años después, «un rasgo muy feo de mi carácter, que toda mi vida me ha causado mucho sufrimiento. Pero ella era la bebé de la familia y quizá esa fuese la razón más profunda de mis celos infantiles, que me había usurpado ¡mi cama! Yo ya era una niña mayor, pero seguía durmiendo en mi cuna de barrotes de madera. [...] Y llegó la pequeña y la metieron allí, y yo tuve que dormir en una especie de arcón, [...] que sacaban todas las noches.»²⁵

La «hijastra»

Paula no tenía ni siquiera medio año cuando su padre realizó su primer viaje a Inglaterra, donde permaneció varios meses. Quería investigar y conocer el país y a sus gentes, quizá para irse a vivir allí, porque pensaba que en Inglaterra la palabra «antisemitismo» era desconocida, mientras que en Viena se publicaban peticiones en las que se solicitaba que se expulsase de la ciudad a todos los judíos no nacidos en ella y se impidiese que ninguno más entrase, «para que nuestra hermosa patria no se convierta en la escombrera de todos estos elementos nocivos para el Estado y la sociedad, de los que intentan deshacerse [...] otros países».²⁶

Durante un tiempo, Anna Kellner se quedó en Viena con el bebé, pero pasados un par de meses no aguantó más, contrató a un ama de cría y corrió al encuentro de su marido. Estuvo fuera diez semanas, que le parecieron una luna de miel, y tras las que regresó de mala gana junto a su bebé.

Kellner no volvió a Viena hasta unos meses más tarde. Poco después, se presentó a los exámenes para ser profesor de alemán, inglés y francés y consiguió un puesto en una escuela secundaria imperial. También escribía artículos de prensa sobre temas literarios y sobre cultura inglesa y, además, se preparaba para poder dar clases en la universidad. Por casa apenas aparecía. Y, mientras tanto, la relación entre madre e hija empeoraba continuamente. Paula escribiría más adelante en sus memorias:

Una niña pequeña está en cama, y llora. Intenta, como puede, que la almohada apague sus sollozos, pero su padre la escucha. Hoy duerme en el sofá del estudio de su padre, porque unos invitados han ocupado su habitación. El padre se acerca y se sienta junto a ella.

«¿Qué te ocurre, pequeña?»

«¡Mamá, mamá!»

«Escucha, mi niña, tu madre tiene el mejor corazón del mundo. Lo haría todo por ti. Pero no es capaz de controlar su genio, ese maldito genio... Y esos ataques la angustian mucho más que a nosotros. ¿Eres ya lo suficientemente mayor para comprenderlo, para no echarle en cara algo que le cuesta tanto controlar? ¿Sí?»

El rostro infantil se gira hacia él. Y unos grandes ojos azules lo miran fijamente. Por fin, sonrío bajo sus lágrimas y asiente, no del todo convencida. El padre le da otro beso de buenas noches y se sienta de nuevo al escritorio. La niña, antes de dormirse, escucha un profundo suspiro.²⁷

A veces quería convencerse de que no era la hija de Anna, sino solo su hijastra, pero nadie se lo había contado. Y esta

idea la consolaba. No era extraño que su madre no la quisiera. Aquella no era su casa. Estaba allí como un huésped.

Una princesa enjaulada

En julio de 1890, seis meses después del nacimiento de Dora, Kellner finaliza el proceso para poder ser catedrático y comienza a dar clases de filología inglesa en la universidad. Todavía no tenía contrato y esperaba conseguir una cátedra. Pero justo en ese momento le llega la noticia de su traslado como profesor ordinario de la escuela imperial a un instituto de Opava, en la región de Moravia-Silesia.²⁸ Ahora tenía el estatus de funcionario y derecho a una pensión vitalicia. Su seguridad económica, aunque de forma escasa, estaba asegurada, pero su futuro académico había terminado antes de comenzar. ¿Lo apartaban porque era judío?

Opava, la capital histórica del ducado de Silesia, tenía apenas 23.000 habitantes y estaba a casi siete horas de tren de Viena. Tenía hermosos edificios de estilo barroco, un cuartel, una iglesia del gótico tardío, varias escuelas alemanas y bohemias, algunos cafés, una sinagoga, un teatro, un hospital psiquiátrico y mucha industria, sobre todo textil, pero también había fábricas de azúcar, de maquinaria industrial y de papel. En realidad, esta «Viena silesia», situada en un valle a orillas del río Oppa y rodeada de un frondoso cinturón verde, era muy bonita.²⁹

Pero a los Kellner debió de parecerles una especie de castigo, un enorme retroceso después de haber vivido en Viena y en Londres. Como esperaban no tener que quedarse mucho tiempo, mantuvieron el apartamento en la Hetzgasse, 8, y alquilaron, de forma provisional, una vivienda en la calle Centralbahn, 4, hoy llamada Husova.³⁰ De nuevo, junto al tranvía y sin un ápice de verde alrededor. Seguramente habría sido más sencillo encontrar en Opava algún lugar agradable con jardín, pero parecía que les faltaba algo de ingenio para buscar casa.

A pesar de todo, en Opava Paula fue por primera vez feliz de verdad, porque por fin había vida en casa. Ya no vivían solos, sino con la tía Rosa, una hermana de Anna que había enviudado muy joven. Era la tía Rosa quien llevaba la casa y también una pequeña tienda de confección. Su hija Else tenía la misma edad que Paula, seis años, y su hijo Max, nueve. Los tres niños formaban un equipo indestructible, del que Dora estaba excluida.

Paula no iba a la escuela, aunque en Opava había varias escuelas de primaria, incluso una para niñas y otra para niños judíos. Pero Kellner opinaba que no debía encariñarse demasiado con el lugar, porque pronto deberían abandonarlo otra vez. Quizá también temía que se contagiase de alguna enfermedad o de malos modales, porque en las escuelas de Opava había, sobre todo, niños de familias obreras que hablaban una mezcla terrible de alemán, checo, yiddish y polaco. Para no infringir la ley que obligaba a los niños a asistir a la escuela, solicitó un permiso para que Paula recibiese clase en casa.

En 1893 la hija de Rosa, Elserle, cayó enferma de difteria y murió, como el 60 por ciento de los niños que contraía entonces la enfermedad. Paula estaba desesperada. «Me enfadé con Dios. ¿Por qué se había llevado a Elserle y no a mí?»³¹

Y también Rosa, la madre, que ya había perdido a su marido a los veintiocho años, estaba profundamente deprimida, lloraba sin cesar y apenas podía ocuparse ya de la casa, de su tienda, de su hijo y de sus sobrinas, Paula y Dora. Klara, la madre estricta, le reprochaba su falta de disciplina y de fe:

¿Sabías cuánto sufrió tu madre por ti, cuánto sufre todavía? Deberías guardarte de no causarle más dolor. Yo aguanto mucho y soy inquebrantable, pero no insensible. Si hubiese escrito un diario, quien lo leyese se sorprendería de toda la fuerza que tengo. Y tú, mi pobre Rosa, no podrás soportar tanto como yo, porque tú eres mucho más débil. [...] Y tampoco crees en un reencuentro en el más allá, ¿por qué quieres renunciar por

una nada que ya tienes? Espero que respetes las palabras de tu anciana madre como si fuesen su testamento y seas capaz de dominarte.³²

Cuando los mayores se sentaban en torno a la mesa y estudiaban, Dora los espiaba y escuchaba lo que decían. O cogía algún libro de la estantería que estaba en la habitación: los cuentos de Ludwig Bechstein o los dramas de Schiller, por ejemplo, que muy pronto podía repetir palabra por palabra. Sus padres la escuchaban maravillados, mientras ella se refería a *Fiesco*, la obra de Schiller: no, no era malo, era bueno, solo tenían que leer la obra otra vez, hasta el final, y si alguna vez tenía un hermanito, quería que lo llamasen Fiesco.³³

Las benditas obligaciones de la mujer

Kellner tenía su puesto como profesor del séptimo curso y además impartía clases de inglés, alemán y francés en otros niveles de la escuela secundaria de Opava.³⁴ En la escuela Am Schulring se respiraba mucha tensión, porque los checos, es decir, los que procedían de Bohemia, aspiraban a conseguir mayor autonomía y querían tener sus propios planes de estudio.³⁵ Además en el claustro había también antisemitas que hacían la vida imposible a Kellner y a los alumnos judíos. Según Anna, de no haber sido por esto, la llegada de Kellner a Opava no habría avivado debate alguno. Pues especialmente los hijos de los «pobres campesinos y trabajadores textiles de Silesia» lo apreciaban y querían, porque se preocupaba por la adversidad en la que vivían.³⁶

Durante sus vacaciones, Kellner viajaba a Inglaterra siempre que podía. Allí veía la miseria en la que vivían muchos niños, veía los hospicios y asilos para los niños pobres, pero también a los que, con sus mejillas sonrosadas y sus piernas rechonchas, jugaban a la orilla de los lagos, porque en Inglaterra había «colonias de vacaciones» en las que los niños po-

dían disfrutar «gratis del aire del campo». En todas las esquinas había alguien pidiendo dinero, para el Ejército de Salvación o para cualquier otra entidad benéfica. Y, según él mismo escribía en el periódico *Neues Wiener Tagblatt*, eran muchos los miles de niños que de este modo recibían una ayuda.³⁷

En su artículo concluía que el niño inglés era, en definitiva, más libre y más feliz que el niño austriaco. Pero ¿adónde le llevaba todo esto? A ninguna parte. Paula y Dora seguían encerradas en su jaula. No hacían deporte, no tenían amigos, no iban al colegio ni a la guardería, ni siquiera podían tener una mascota. Tenían que aprender la «profesión de la mujer», que consistía en traer niños al mundo y ser una compañera fiel y cultivada para su marido. Y para ello era suficiente tener un par de habilidades superficiales que podían aprender con facilidad en casa: geografía, historia, una o dos lenguas extranjeras, un poco de literatura, manualidades, buenos modales y, sobre todo, piano, quizá también un poco de canto. Una postura que compartía con muchos hombres de su época, por ejemplo, con Sigmund Freud, que también se negaba de forma categórica a que su hija participase de la vida. Ya podía tratarse de leer, de bordar, de bailar o de asistir a algún curso: todo era excesivo para ella y la volvía neurasténica. Creía que la mujer no era capaz de «ser activa en la sociedad y criar al mismo tiempo a sus hijos». Y el «movimiento feminista moderno» no beneficiaba «a las mujeres como grupo, como mucho a algunas de ellas».³⁸

Esa fue también la época en que Kellner descubrió este tema: la lucha contra la emancipación, un mal, que en su opinión se había originado en Inglaterra, donde «el movimiento por la liberación de la mujer» llevaba décadas siendo objeto de debate. Una y otra vez el tema aparecía en sus escritos periodísticos, ya se tratase de arremeter contra la nueva novela escrita por mujeres³⁹ o de atacar a la hija más joven de Marx, Eleanor Marx-Aveling, que junto a Ibsen y George Bernard Shaw pretendía abolir las sagradas obligaciones de la mujer.⁴⁰

Mientras la mujer no se revuelva contra su feminidad, contra las obligaciones para con su esposo, para con sus hijos, para con la ley, para con quien sea excepto su propia persona, no será libre. [...] Por eso, ¡fuera con las obligaciones! [...] La libertad de la mujer nace de su rechazo a las obligaciones! [...] Cientos de ideales sagrados se harán añicos en la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres. [...] Y así, más o menos, es como piensan la Nora de Ibsen y la señora Aveling, solo que lo expresan con otras palabras.⁴¹

Kellner perdía toda distancia en estos comentarios. Al escribir echaba espumarajos por la boca. En su opinión, los rojos estaban detrás de este movimiento. Y lo peor era que también se extendía por Austria. Ya existía una Asociación General de Mujeres Austriacas, una Unión por la Formación Superior de la Mujer, un periódico llamado *Arbeiterinnen-Zeitung* [Periódico de las Trabajadoras], y había mujeres como Bertha von Suttner, Rosa Mayreder o Irma von Troll que luchaban por el voto de la mujer, por el derecho a estudiar en la universidad y a acceder a todas las profesiones académicas. ¿Qué sucedería si este movimiento llegase también a Paula y a Dora, a sus hijas? ¿Y si Anna quizá decidía apoyarlo? En ocasiones ya se mostraba un tanto desafiante, leía mucho, especialmente literatura de autoras inglesas y, a veces, expresaba su intención de ser traductora literaria. Y tampoco respetaba los ritos del hogar, es decir, no seguía de forma estricta las costumbres judías, como sí hacía su madre, Klara Weiß, que todavía preparaba la masa del pan *jalá* o *barches*, pronunciaba la bendición ante las velas del Sabbat, ordenaba a sus hijos que llevaran la filacteria y que todos los mayores de doce años ayunasen el día de Yom Kippur, después de haber cumplido con el ritual del Kaparot, es decir, agitar un gallo vivo sobre sus cabezas mientras declamaban: «Este es mi Intercambio, este es mi sustituto, esta es mi expiación. Este gallo irá a la muerte, mientras que yo entrare y procederé a una buena larga vida de paz».⁴² Anna se oponía a todo eso, pese a que

era muy creyente. Pero no quería convertirse en una esclava de la religión, y tampoco de su marido.

Nómadas de la gran ciudad

En el verano de 1894 recibieron con alivio la noticia del traslado de Leon Kellner a Viena, a una escuela secundaria para chicos en el distrito 18. Al principio regresaron a su antigua vivienda en la Hetzgasse, pero en los siguientes seis años se mudaron hasta cuatro veces: a la Alserbachstrasse, 11, a la Hofzeile, 14, a la Kutschergasse, 44, y a la Gersthofstrasse, 84. ¿Acaso los alquileres eran demasiado altos? ¿O los vecinos desagradables? ¿O se trataba de ese miedo visceral a que un día los echasen de nuevo, el miedo del «judío errante», en palabras de Joseph Roth? Al final, las niñas tenían un hogar «en todas y en ninguna parte» y eran, más bien, lo que el propio Kellner denunciaría con crudeza más adelante: «Nómadas o —si así suena mejor— cosmopolitas».⁴³

En 1895 pareció querer repetirse el destino de Elserle, pues también Dora, que contaba cinco años, enfermó de difteria.⁴⁴ Hacía tiempo ya que a la enfermedad se la denominaba «el ángel exterminador de los niños». A menudo se presentaba junto a una escarlatina y atacaba el corazón, los riñones y el hígado. Se consideraba incurable, hasta que Emil Adolf von Behring desarrolló un suero que extraía de caballos y ovejas infectados y que se bautizó como el «oro de Behring». Elserle no pudo beneficiarse de este avance. Y tampoco está claro si Dora sobrevivió gracias a este tratamiento o a que tenía una constitución más fuerte. Sí que sabemos que Anna Kellner viajó con ella a Merano, donde le habían prometido que se curaría. Su hermano, el doctor Moritz Weiß, secretario general de un sindicato del carbón con muchas posibilidades económicas, la acompañó en el largo viaje en tren y pagó todos los gastos.⁴⁵ De nuevo, Dora era el centro de atención. De nuevo, la estrella. Paula, que se quedó con

su padre en Viena a cargo del servicio, se sintió una vez más humillada.

Dora apenas había superado su enfermedad cuando comenzó a gestarse una nueva desgracia. En el otoño de 1895 se celebrarían en Viena elecciones locales. Tras los grandes éxitos del Partido Socialcristiano era de temer que su líder, el abogado Karl Lueger, se convirtiese en alcalde de Viena. Ya frecuentaba los restaurantes de Viena, donde pronunciaba encendidos discursos que, sobre todo, giraban en torno a un tema: ¡los judíos!

Sí, en Viena hay judíos hasta debajo de las piedras, vayamos a donde vayamos, solo hay judíos, vamos a los bulevares, solo hay judíos, vamos al teatro, solo hay judíos, vamos a los parques, solo hay judíos, vamos a un concierto, solo hay judíos, vamos a un baile, solo hay judíos, vamos a la universidad, y, allí también, solo hay judíos. [...] Señores, no es culpa mía que casi todos los periodistas sean judíos y que, solo en algún periódico, haya un redactor cristiano, que se convertirá además en el hazmerreír de la redacción.⁴⁶

Lueger era muy atractivo y tenía un encanto que encandilaba sobre todo a las clases más humildes, pero también a los funcionarios y a los profesores. Pronunciaba sus discursos en el popular dialecto vienés. Seducía también al clero católico que lo veneraba como a un dios. Y Kellner, que hasta el momento había evitado meterse en política, decidió que había llegado el momento de abandonar su escritorio y de tomar posición.

«Sionista en cuerpo y alma»

El 9 de abril de 1896 nació el tercer y último hijo de los Kellner, esta vez fue un varón, Viktor. Dora insistía en que lo llamasen Fiesco, pero, en esta ocasión, sus deseos no se hicie-

ron realidad. Aunque estaba feliz con Viktor y hablaba sin cesar de un personaje de un cuento que se llamaba Vickerich y que le encantaba.⁴⁷ Al parecer se trataba de un personaje creado por Ludwig Bechstein, pero no figura en sus textos.

Una noche —eran sobre las once y los padres habían salido— llamaron a la puerta. Dora, Viktor y la doncella ya dormían. Pero Paula se levantó de la cama y, descalza, fue a ver quién era. Acababa de leer «una novela prohibida», muy probablemente por «recomendación» de la doncella. Su padre podía prohibirle ir a la escuela, pero no podía arrebatarle su curiosidad.

Paula se puso de puntillas y miró por la mirilla de la puerta principal. Fuera había dos hombres. Uno tenía «cara de carlino», con un «bigote que colgaba». El otro era «alto e increíblemente atractivo, con su barba negra y sus ojos brillantes». Llevaba un abrigo de piel y un sombrero hongo. Cuando Paula abrió la puerta, le dio la mano y se presentó: «Permíteme que me presente, soy el doctor Theodor Herzl. ¿Podría hablar con tu señor padre?».

Paula negó con la cabeza, volvió a la cama y lo sintió: ise había enamorado! ¡Qué voz de barítono tan bonita tenía el tal Herzl! Y era tan atractivo y elegante, mil veces más que su padre, que siempre llevaba trajes medio andrajosos y parecía un poco rudo y provinciano. Nunca dejó de idealizarlo y de considerarlo su ídolo. «La emoción que él había provocado», había «llenado todo su ser», escribe en sus memorias.⁴⁸

Herzl acababa de enviar a Kellner su libro recién publicado, *El Estado judío*,⁴⁹ su primer escrito político-programático, después de algunas obras de teatro con las que había alcanzado cierto éxito. Llegaba en el mejor momento, cuando la persecución a los judíos en Alemania y Austria alcanzaba una de sus fases de mayor intensidad. En su libro Herzl escribía:

Los ataques en los parlamentos, en las asambleas, en la prensa, desde los púlpitos, en la calle, de viaje —cuando se nos excluye de ciertos hoteles— e incluso en lugares de diversión crecen día tras día. [...] La cuestión es que, en todas partes, se trata de

lo mismo y puede resumirse en el clásico [...] grito: ¡Judíos fuera! Enunciaré ahora la cuestión judía en su forma más concisa: ¿Tenemos que irnos? ¿Y adónde? ¿O podemos quedarnos? ¿Y durante cuánto tiempo?⁵⁰

Herzl desarrolló un modelo en el que nadie había pensado todavía: un país propio para los judíos, preferiblemente en Argentina o en Palestina. Quería fundar una Jewish Company que comprase tierra, construyese casas y formase a los ciudadanos judíos en diferentes oficios. La lengua común sería el alemán, la forma de gobierno una «república aristocrática». Y, si se diese el caso de que algún no creyente viviese en esta república, se le garantizaría protección y respeto.

El movimiento que Herzl había forjado tenía un nombre: sionismo. Y Kellner enseguida se dejó contagiar por él. Ya en junio de 1896 le escribía a un amigo de Opava:

Soy sionista en cuerpo y alma. [...] Queremos traer a tantos judíos pobres como sea posible a las tierras fértiles de Palestina y de Siria y asegurarnos de que allí pueden ser autónomos. Eso es todo. [...] Soy un buen austriaco en todos los sentidos y estoy dispuesto a compartir con mi patria, penas y alegrías. [...] Vivo con cristianos, trabajo con ellos, educo a niños cristianos [...]. La lengua alemana es mi segunda patria, se ha convertido en mi hogar espiritual, y soy un escritor alemán. [...] Pero, como tantos de mi raza y de mi religión, presenciamos lo que sucede [...] y ¿puedo saber lo que les espera a mis hijos?⁵¹

Nuevo hogar en Londres

Cuando llegó el momento de que Dora fuera al colegio, como ya había sucedido con Paula, nadie quería hablar de ese tema en la casa, máxime cuando también Herzl había decidido no escolarizar a sus hijos Pauline, Trude y Hans. Los mantenía alejados por completo del mundo real y justificaba su postu-

ra con sus creencias políticas extremas. Incluso a Paula, que le profesaba una total lealtad, esta actitud le resultaba muy extraña. Con sus niños no se podía jugar, ni siquiera hablar, eran todos «un poco raros», escribiría en sus memorias.⁵²

En su carta a su amigo de Opava, Kellner admite estar preocupado por sus hijos. No le faltaban razones para ello, pues en abril de 1897 Karl Lueger había sido elegido alcalde de Viena. Y esta elección había abierto las puertas al antisemitismo. Los niños judíos no podían contar con el respaldo de sus profesores, si sus compañeros de colegio les hacían la vida imposible. No tenían exenciones en las tasas escolares y siempre recibían las peores calificaciones.

Debió de ser poco después de la toma de posesión de Lueger cuando Kellner decidió solicitar a sus superiores un año de permiso, porque tenía pensado pasar un tiempo en Inglaterra con su familia. Esgrimió como excusa que quería trabajar en un diccionario alemán-inglés, pero lo cierto es que necesitaba distanciarse de Viena, del régimen de Lueger y quizá también de Herzl, cuya arrogancia y autoritarismo resultaban evidentes después de poco tiempo.

Anna relata que, al principio, se alojaron en una pensión, pero a los niños no les gustaba la comida. Cordero asado, guisantes, judías, pudín de pan: nada que apeteciese a unos paladares infantiles criados en Viena. Ellos querían *gulasch*, *apfelstrudel* y *buchteln*. Costó mucho encontrar el alojamiento adecuado. O no había jardín, o faltaba la cocina o los propietarios no querían niños en la casa. Al final encontraron un par de habitaciones en una casita que pertenecía a una simpática pintora.⁵³

Paula ya sabía hablar bien inglés, Dora un poquito, pero el pequeño Viktor, que tenía dos años, no entendía nada. Según Anna, en cuanto oía hablar en inglés, se echaba a llorar. Le parecía que le estaban riñendo. Durante un tiempo no se le oyó decir ni una palabra, pero un buen día abrió su boquita y ya podía construir frases enteras en inglés.⁵⁴

La estancia era inasumible en términos económicos sin la

ayuda de Anna, que por fin pudo hacer realidad su sueño y comenzó a trabajar como traductora. Leonard Merrick acababa de publicar la novela *One Man's View* [En su opinión] y Anna la vertió al alemán con el título *Eine persönliche Ansicht* [Una opinión personal] para la editorial Engelhorn de Stuttgart.⁵⁵ Hoy apenas se le recuerda, pero a Merrick, cuyo apellido real era Miller, se le consideraba entonces el «novelista de los novelistas» y el principal representante de la novela psicológica inglesa. Para Anna suponía el inicio de una gran carrera como traductora, y seguiría trabajando en ella mientras el contexto político se lo permitiese. Tradujo libros de Mary Cholmondeley, Cicely Hamilton, Elizabeth Russell, Ludwig Lewisohn y Somerset Maugham para las principales editoriales alemanas, entre otras para Ullstein, Drei Masken, Reclam y Goldschmidt. Era considerada una experta en su campo y estaba orgullosa de mejorar un poco los ingresos de Kellner.

Paula y Dora tampoco iban al colegio en Londres, pero sí tenían una institutriz inglesa a la que querían mucho. Como sus padres estaban casi siempre en el British Museum, ella podía hacer pequeñas excursiones con las pequeñas, a la City, a Hyde Park o a Hampstead Heath. Así aprendieron algo de la vida en Londres. Para Dora y Paula esto fue el inicio de un amor hacia Inglaterra y la lengua inglesa que perduró toda su vida. Como Dora tocaba muy bien el piano y tenía muy buena voz, se le permitió acudir al Royal College of Music. Allí conoció finalmente a un par de amigas, las primeras de su vida. Tenía ocho años.

«Dialecto de la infancia»

Los Kellner regresaron a Viena antes de que finalizase el siglo XIX. El sueño de instalarse en Londres no se había materializado. Leon Kellner había trabado muchas amistades, pero no había conseguido un puesto adecuado. Londres era «un mar con oleaje, tormentoso y que no se apiadaba de los

miles y cientos de miles que luchaban por su vida», escribió en su libro *Ein Jahr in England* [Un año en Inglaterra].⁵⁶ Su admiración por el país y por su literatura se mantuvo inalterable, pero también había tenido la oportunidad de descubrir aspectos que no le gustaron nada en absoluto, por ejemplo, la despiadada explotación de la gente a cargo de los «magnates del suelo, del comercio, de la industria y del ejército»,⁵⁷ su ambigua relación con la democracia⁵⁸ y una enorme arrogancia.

Un inglés hace todo, lo mejor y también lo peor, pero nunca se equivoca. Lo hace todo según sus principios. Declara la guerra por principios patrióticos, engaña por principios comerciales, defiende a su rey por sus principios de lealtad y le corta la cabeza por sus principios republicanos, pero siempre está cumpliendo con su obligación.⁵⁹ [...] Cuando necesita un nuevo mercado para sus cachivaches, envía a sus misioneros a la jungla, a anunciar el evangelio de la paz. Los salvajes quieren comerse al misionero. Entonces él coge su arma y lucha en nombre de la cristiandad. Vence, conquista la tierra y se apodera de ella como si fuera un premio del cielo.⁶⁰

Los judíos ingleses —por lo menos, los ricos— le parecieron asimilados, infieles y arrogantes:

No les falta comida ni bebida, tienen un palco en el teatro, un barco en el río o, incluso, un velero en el mar, y, en el templo, su asiento y un encantador rabino, que no lo ve todo y, de vez en cuando, permite que la gente se tuerza; ¿qué más podría pedirle un judío a la vida y a su Dios?

Además, rechazaban por completo el sionismo, incapaces de encontrarle sentido o ver su necesidad: «Discúlpeme, no quisiera ser descortés, pero ¿cómo una persona tan inteligente como usted puede colaborar en ese disparate?», le decía un judío al que conoció en Inglaterra.⁶¹